

La Misionología de Romanos



Carlos González

SI LES PREGUNTÁRAMOS A LOS CREYENTES cuál es la carta más doctrinal, el “plato fuerte” de la teología del Nuevo Testamento, casi sin dudar todos pensarían en la carta de San Pablo a los Romanos. Si les preguntáramos cuál es la carta más misionológica del Nuevo Testamento, ¿qué contestarían?

Quizá algunos tengan dudas, o nunca antes se hayan planteado la pregunta. Pero, como intentamos demostrar enseguida, Romanos, además de ser la carta más doctrinal del Nuevo Testamento, también es la carta más misionológica de esa porción de las Escrituras. Examinaremos sucintamente algunos de los aspectos misionológicos de esta carta y luego compartiremos algunas de las implicaciones de este estudio.

1. El propósito

Pablo indica, tanto al principio como al final de la carta, su propósito. Dice él:

No quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros... para tener entre vosotros algún fruto... Cuando vaya a España iré a vosotros; porque espero veros al pasar y ser encaminado allá por vosotros.

Romanos 1:13; 15:24

El propósito es claramente misionero. Pablo es un viajero, un predicador en tránsito, cuya meta es alcanzar otros lugares, otras gentes. Dios le ha llamado a predicar a los gentiles y el apóstol no se conforma con menos, aunque eso implique viajar extensamente, incluso hasta la última frontera oeste del Imperio Romano de entonces, o sea, España.

¿Por qué fue escrita la carta a los Romanos? Pablo avisa a los creyentes de la capital imperial de su llegada. De hecho varias veces ha intentado viajar a Roma y ha sido estorbado, pero ahora se presenta la oportunidad. Y no sólo eso, sino que les anticipa que no se quedará siempre en Roma: cuenta con su apoyo para seguir viajando, para seguir “misionando”.

El propósito de la carta a los Romanos es misionero; hacer misión y seguir haciendo misiones. Por supuesto también Pablo quiere describir ordenadamente el proceso de la redención cristiana y el

Carlos González ha dedicado 30 años a plantar nuevas iglesias, primero en España y los últimos trece años en el mundo islámico. Ha estado vinculado a PM Internacional desde 1986. Actualmente sirve en el IIBET. Es español.

lugar de Israel y los gentiles en el plan divino, y por eso Romanos es un “monumento” teológico. Pero no debemos pasar por alto la declaración de intencionalidad que el propio autor nos enuncia, máxime cuando la repite al final, como que para recordar a los destinatarios cuál es su intención primordial en la carta.

2. El supremo ministerio

El ministerio más amplio es aquel que abarca a todos los demás ministerios, o sea, la tarea y meta global del plan de Dios. Es sintomático que de nuevo Pablo repite casi de qué se trata este ministerio:

(Nuestro Señor Jesucristo... por quien recibimos la gracia y el apostolado) para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre. Romanos 1:5

...según el mandamiento del Dios eterno, que ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe. Romanos 16:26

Ese es el macro-cuadro, el supremo ministerio en el que se encajan todos los ministerios particulares —Cristo dado a conocer a todas las naciones. El propósito de Dios siempre ha abarcado todas las naciones y Pablo no se conforma con menos. El alcance es mundial; supera a los judíos y supera a los gentiles. El propósito de Dios en su misión abarca a todas las naciones, todas las etnias, todas las edades. Cristo debe ser dado a conocer a todas las naciones.

Este ministerio tiene consecuencias para el mismo apóstol. Afecta a la identidad de Pablo, o sea, cómo él se ve el mismo y cual es su identidad en ese supremo ministerio.

Se cuenta que el rey de Francia fue a visitar las obras de construcción de la catedral de Notre Dame de Paris. Recorriendo el bullicioso campo de obras, preguntó a un cantero que estaba labrando piedras de sillaría: “¿Qué haces, buen hombre?” A lo que éste replicó: “Pues es evidente, Majestad: labro piedra”. Preguntado lo mismo, el compañero que trabajaba junto a él respondió: “Contribuyo a construir la gran catedral de Francia, Majestad”. Todo es una cuestión de perspectiva. ¡Qué diferente apreciación de valor personal y de propósito tenían estos dos canteros! El primero de los canteros no lograba visualizar el alcance de la construcción en que estaba involucrado y por esto mismo no tenía una correcta apreciación de sí mismo, mientras que el segundo sabía quién era, lo que valía y como encajaba su duro trabajo diario con el de otros muchos. Miraba su presente con un vistazo al futuro. Pablo sabe cual es la meta suprema, el macro-rompecabezas de Dios, y sabe donde encaja él como pieza de ese gran cuadro: “Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol... contribuyo a la obediencia a la fe en todas las naciones”. Otros son profetas, maestros y pastores, piensa Pablo. Yo planté y Apolos regó, pero todos hallamos nuestra razón de ser, nuestro Norte en ese supremo ministerio. Sé quien soy y cual es mi lugar en relación al Supremo Ministerio

“El propósito de Dios en su misión abarca a todas las naciones, todas las etnias, todas las edades.”

que Dios nos ha encomendado.

¿Puedo yo decir eso mismo? ¿Puedes decirlo tú? Quizás demasiadas veces oímos hablar de *mi* ministerio, *mi* trabajo, *mi* llamado sin situarnos en la correcta perspectiva global del propósito de Dios en la misión cristiana.

3. Dónde comienza la misionología

Hagamos un paréntesis y salgámonos de Romanos un instante, para preguntarnos dónde y cuándo comienza la misionología. Esta percepción nos ayudará a desvendar el propósito perenne de Dios en su quehacer misionero.

Para contestar a esta pregunta, debemos remontarnos al Edén para oír a Dios decir: “Multiplicaos, llenad la tierra” (Gn.1:28). La imagen y gloria de Dios, puestas en el hombre, no podían quedar confinadas geográficamente a un pequeño territorio; la gloria de Dios debía extenderse por toda la tierra.

“Llenad la tierra”, es la orden del Señor. Es muy sintomático que la primera instrucción de Dios al hombre en relación a la tarea misionera se produce antes de la caída. No pensemos que a Dios le salieron mal los planes, y que tras el fracaso de la caída del hombre tuvo que diseñar un “plan B”. La elección, la historia de la salvación, la encarnación y sacrificio del Hijo—la misión—ya estaban en el corazón de Dios desde antes de todos los siglos.

Siguiendo el hilo misionero que recorre toda la Biblia, saltamos hasta Abraham, a quién algunos han llamado el primer misionero: “sal de tu tierra y vete a la tierra que yo te diré” (Rm. 12:1-3). Dios ha tenido ese “afán viajero” para muchos de sus siervos. Demos un paso más, preguntándonos: ¿Viajar, para qué? El relato de Abraham nos centra en el deseo de Dios. La promesa, repetida por Dios a Abraham, es: “en ti serán benditas todas las naciones de la tierra”. La Misión de Dios alcanza a todas las naciones, a todos los pueblos.

Vamos muy rápido hasta los Salmos y las referencias a las naciones nos desbordan. Perdemos la cuenta de cuántas veces se dice: “Te alabaré ante todos los pueblos”; “Pueblos todos, batid las manos”; “Alabad a Jehová, naciones todas, pueblos todos, alabadle”. Es casi imposible leer los Salmos y no darse cuenta del interés de Dios por la tierra entera. Sin embargo, ¡cuántas veces pensamos que Dios se ocupa exclusivamente de su pueblo!

Sigamos el hilo conductor misionero que recorre toda la Escritura, y saltamos rápidamente hasta Isaías, el más universal de los profetas. Otra vez vemos el interés de Dios por las naciones: profecías para Tiro, Sidón, Filistea, Babilonia, para los reyes—demostración del señorío universal de Dios.

Sólo estamos viendo, a vuelo de pájaro, algunas de las más

significativas menciones al interés de Dios por las naciones y su comisión a su pueblo y sus profetas a ser canales de bendición (instrumentos de misión) a los demás pueblos de la tierra. Descubrimos que el supremo ministerio, aquél que engloba a todos los demás no es otra cosa que La Misión de Dios.

Este paréntesis nos ayuda a situar tanto el ministerio de Pablo como su propia identidad. El apóstol es parte del supremo ministerio –Cristo a todas las naciones– lo cual a su vez encaja con la misión cósmica de Dios para con el universo y la Historia.

4. La gran pregunta

La carta a los Romanos nos formula la gran pregunta: ¿Están realmente perdidos? Aquellos que nunca han oído, las personas sinceras y honestas en rincones remotos que verdaderamente no han tenido la oportunidad de recibir el mensaje del Evangelio, ¿están realmente perdidos? Con una lógica aplastante Pablo nos muestra, en el capítulo 1, que tanto el ateo militante como el agnóstico o el habitante del rincón más recóndito están igualmente perdidos. En el capítulo 2, Pablo afirma que el hombre moral, que vive según principios éticos, el religioso de cualquier religión, ¡también está perdido! Por fin, en el capítulo 3, el israelita circuncidado que tiene la revelación divina, pero que no cumple la Ley, ¡está igualmente perdido!

No hay diferencia. Todos los seres humanos están perdidos: “No hay justo, ni aún uno; no hay quien busque a Dios” (Rm. 3:10-11).. Solamente en Jesucristo hay salvación: “No hay otro nombre debajo del cielo en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12). Tampoco hay diferencia en la salvación. ¿Están realmente perdidos? Esa es la gran pregunta de la misionología a la que Romanos nos contesta sin lugar a dudas.

5. La estrategia misionera

En la carta a los Romanos, no solamente descubrimos su propósito misionero, el supremo ministerio que engloba a todos los demás, la gran pregunta, sino que encontramos también la estrategia misionera del apóstol. El texto de 15:20 nos dice: “De esta manera me esforcé a predicar el Evangelio, no donde Cristo ya hubiese sido nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno”.

Claramente la estrategia de Pablo se enfoca en los no alcanzados, aquellos que nunca han tenido la posibilidad de oír el Evangelio. Ciertamente había mucha necesidad en Macedonia, en Grecia, en Asia Menor y en muchos otros lugares, pero a Pablo le hervía la sangre pen-

sando en aquellos a los que todavía nadie había llegado con el mensaje de Cristo Jesús. Y todavía hoy en día esa sigue siendo una asignatura pendiente del movimiento misionero. En el año 1996, solamente el 2% de los misioneros protestantes estaban sirviendo en la llamada Ventana 10/40; y en el año 2000, sólo el 1% del dinero invertido en misiones fue asignado a los grupos no alcanzados.

Paremos un instante a reflexionar cuánto del presupuesto y del tiempo de oración de nuestra iglesia o familia, cuánta de nuestra energía se dedica a los no alcanzados. Quizás esto nos ayude a enfocar lo que hemos hecho en pro del Reino de Dios.

6. La autoridad misionera

“La autoridad del predicador, del misionero, reside en quién le envía.”

Encontramos una indicación al respecto en un fragmento muy conocido (Rm. 10:14-15). Pablo plantea una serie de preguntas que van apoyándose una en la otra, como peldaños de una escalera. “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? Y el último peldaño, sobre el cual recae toda la fuerza del argumento, es éste: “¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?”

La autoridad del predicador, del misionero, reside en quién le envía. Pablo y Bernabé salieron de Antioquia enviados por la iglesia local y el cuerpo de ancianos. En este pasaje Pablo está apelando a lo evidente, a aquello que todos entienden y aceptan: ¡Hay que enviar! Parece que en nuestros tiempos esto no está tan claro, puesto que hay muchos corriendo y predicando sin haber sido enviados por nadie. Ellos son la fuente de autoridad para sí mismos.

¿Te está llamando Dios al trabajo misionero o a servir en cualquier otro ministerio? ¡Cuídate de ser enviado!

Viceversa. Preguntémonos: ¿Somos una iglesia, una familia enviadora?

7. Los recursos misioneros

Leemos en 15.24: “Cuando vaya a España, iré a vosotros; porque espero veros al pasar, y ser encaminado allá por vosotros, una vez que haya gozado con vosotros”. Encaminado. “Que me ayudéis a continuar mi viaje”, dice la Versión Popular. ¿Qué significa encaminar? Podríamos llamarlo “la logística de los hermanos”. Pablo está diciendo: “Espero que me alentéis a seguir viaje, que contribuyáis a los gastos, que alguno de vuestros obreros se unan a mi equipo misionero así como ha ocurrido en Antioquia, en Listra y en otros lugares”. En otras palabras: “Cuento con vosotros para proseguir el trabajo misionero”.

Esto es trabajo en equipo: unos envían y otros son enviados.

Unos salen a predicar y otros quedan atrás orando, apoyando. Hay muchas facetas que atender en ese gran puzzle misionero, y todos formamos parte del mismo gran equipo. Todos colaboramos a una sola Misión Global.

¡Esta es la logística de los hermanos!

8. La misión transcultural

Hemos visto el propósito misionero de la carta a los Romanos, el supremo ministerio que engloba a todos los demás, la gran pregunta, la estrategia misionera, la autoridad misionera de los enviados, y los recursos misioneros. Finalmente dediquemos unos instantes a la Misión Transcultural.

Pablo nos dice: “Soy ministro de Jesucristo a los gentiles” (Rm. 15:16). Por regla general, es más normal y fácil que un rumano alcance a otro rumano, y que un español predique a otro español, sin saltar barreras lingüísticas ni culturales. Sin embargo, aquí encontramos a un judío discipulando a los gentiles. “Yo me he hecho todo a todos para ganar a más”. Este es un considerable salto de cultura, un esfuerzo añadido a la obra misionera.

Descubrimos que, a lo largo de los siglos, Dios ha querido llamar a algunos y enviarlos a otras etnias. Es parte de su plan y de su estrategia para los no alcanzados. Eso representa un salto cualitativo importante entre la evangelización (doméstica, en la misma cultura de uno) y la misión foránea. Hoy en día, lo llamamos misión transcultural.

La Biblia describe el mismo proceso hablando de otro tema: la encarnación. Ese es el camino que el Hijo eterno recorrió para llegar hasta nosotros. Dejó lo suyo—la gloria, el cielo—para adaptarse completamente a “lo nuestro”. Fue verdaderamente hombre, absolutamente igual a nosotros, aunque sin pecado. Es más: nació, creció, se comunicó en los patrones culturales judíos del siglo primero. Es el supremo ejemplo que nos corresponde seguir para “ganar a algunos”. Es la verdadera encarnación.

Conclusión

Ojalá que, del mismo modo como procuramos aplicar las verdades soteriológicas, éticas y eclesiológicas de la carta a los Romanos a nuestras vidas, así también reflexionemos y apliquemos la misionología de esta preciosa carta a nuestras vidas, a nuestras familias y a nuestras iglesias.

